



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO I

El Chancletismo intelectual y la Revolución

¿Qué es una Revolución?

Voy a esforzarme por que mis compatriotas entiendan el drama revolucionario que ha desmoronado a México, indicando su muy probable desenlace, porque en sociología no se conocen las predicciones de precisión astronómica.

Debo comenzar por exponer científicamente lo que es una revolución: Una revolución es la reacción violenta saludable de un organismo, contra la infección que lo ha invadido. Una revolución, es lo que el vulgo conoce por una simple indigestión o *miserere* mortal. Es claro que la intensidad de la reacción debe corresponder a la intensidad del envenenamiento. En el *miserere*, las náuseas, la diarrea, los sudores copiosos, no son la enfermedad, sino manifestaciones de los saludables medios de que el organismo se vale para su autodesinfección.

En los casos graves de revolución social, hay diarreas de sangre, vómitos pestilentes de pasiones rastreras, transpiración tóxica abundante de crueldad, de iniquidad, de bestialidad; hay saqueo de agua al cuerpo, particularmente a la sangre conduciendo a la asfixia, síncope alarmantes, calambres en todos los intereses, palidez en todas las virtudes públicas y privadas, cobardías inconcebibles, chocando contra heroísmos

admirables, hombres selectos fraternizando con presidiarios célebres, damas encopetadas en orgías de cuartel, reptiles volando sobre águilas, tenias hambrientas proclamándose sacerdotisas del culto a la patria, alimañas de pantanos ecuatoriales proponiéndose para mariposas de jardín; una emulsión pavorosa de lo bueno y lo malo, de lo horrible y lo bello, de lo fuerte y lo podrido, hirviente, tibia o fría, sonando a banquetes de ratas en destapadas sepulturas, a la puerta de templos donde los dioses pierden su fe en sí mismos con el estruendo del cataclismo.

Pero ni las matanzas salvajes, ni cosa alguna de lo antisocial realizado, son la enfermedad. La revolución es la fuerza orgánica salvadora que emprende la lucha para librar del morbo o de la muerte al organismo infectado; representa siempre, no en sus programas, ni en sus visiones, ni en sus principios, ni en sus hombres, una causa humanitaria santa, de esplendores filosóficos y místicos, de empuje progresista, de fines redentores, y su verdadero objeto es eliminar de la sociedad, instituciones caducas, rancias costumbres, vicios profundos, supersticiones idiotas, creencias absurdas, viejos privilegios agonizantes, atentados impúdicos, errores criminales. Su benéfica acción tiende a arrasar con apóstoles ilusos, con neurópatas desequilibrados, con sonámbulos insoportables y con fanáticos faquires, que quieren suprimir por medio del milagro las realidades dolorosas. La revolución gusta devorar militares cobardes y ladrones, estadistas vendidos a la lujuria plutocrática, clérigos que han prostituido el altar, embajadores que lamen las ambiciones contra su patria, de gobiernos extranjeros, magistrados que convierten el tribunal en muladar, poetisas sulfúricas, maestras de escuela bribonas, mecanógrafas crapulosas, demagogas exaltantes y exaltadas, periodistas tabernarios, bandidos de levita inviolables, facinerosos populares impunes, falsos patriotas políticos, aduladores que secretan toda su dignidad y chupan miasmas de tiranía, burócratas voraces que roen hasta la misma

rapista, aristocracias ruines, inhumanas, secas de virtudes cívicas, poblaciones sin virilidad, razas tísicas abortadas sobre la miseria o en los patios de los presidios. Todo lo que es veneno en la sociedad, la revolución procura extirparlo, sin que nunca le haya sido posible triunfar más que eliminando excedentes.

Los revolucionarios de todo el mundo y de todas las épocas, inflexiblemente han mantenido y mantienen en todo su vigor las creencias del chancletismo intelectual: Identifican a las revoluciones con un bufo "Valle de Josafat," apareciendo de un lado los hombres justos, patriotas, impecables, excelsos, por haber tomado parte en la revolución, con derecho a castigar a millones de hombres que no entendieron sus jeroglíficos, que no se calentaron con sus pasiones, que no han visto a sus querubes, que no han sentido sus resentimientos ni han sido quemadas sus almas por alientos de venganzas en nombre de la perfección. Conforme a los cánones del chancletismo intelectual, la tarea de una revolución es dividir a la población en dos partes: una minoría de arcángeles y una mayoría de réprobos; de un lado, los jueces, del otro, los reos; de un lado, los obeliscos, del otro las migajas; de un lado los prodigios de la sublimidad, del otro la escoria del vicio. Tal es la idea de los revolucionarios sobre las revoluciones. Afortunadamente para el género humano las revoluciones son, como he dicho, fenómenos de desinfección, no entienden de partidanismos, no saben de facciones, no son súbditos de rencores; su excelsa tarea es barrer con la locura, con la inmundicia, con la criminalidad, con la debilidad, con los fracasados, con todas las causas de morbo, cuando se acumulan principalmente en el vientre social. El más terrible enemigo de los revolucionarios es la revolución, por ser implacablemente seleccionista.



Trabajos eliminatorios de la revolución mexicana

Debo advertir, que la revolución elimina inocentes porque no obra conforme a códigos penales perfectos, aplicados por tribunales infalibles. Su ley es la ley del degüello de los albigenses. Si para castigar culpables es preciso que caigan inocentes, no hay que pepenarlos del montón, que todos vayan a la eternidad y Dios escogerá a los suyos. Hasta la fecha tenemos:

Eliminación trágica de altos militares federales: General Eguía Liz, General Mier, General Peña, General Álvarez, General Ignacio Muñoz, General José Delgado, General Gregorio Ruiz, General Aurelio Blanquet, General Francisco P. Alvarez, General Felipe Angeles, General Leopoldo Díaz Ceballos, General V. Huerta, muerto en prisión.

Eliminación trágica de caudillos civiles y militares revolucionarios: Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, José María Pino Suárez, Aquiles Serdán, Abraham González, Gustavo Madero, José de la Luz Soto, Francisco Salido, Pascual Orozco, Guillermo Baca, Abraham Oros, Benjamín Argumedo, Toribio Ortega, José Rodríguez, Trinidad Rodríguez, Tomás Urbina, Pedro de los Santos, Juan Banderas, Orestes Pereira, Cheché Campos, Ornelas, Luis Moya, Maclovio Herrera, Antonio Herrera, Gertrudis Sánchez, Emiliano Zapata, Eufemio Zapata, Burgos, Canales, Tuerto Morales, Tepelpa, Sánchez, Amador, Fidel Avila, Francisco Pacheco, Calixto Contreras, Adame Macías, Abraham Martínez, Sixto Ugalde, Gabriel Hernández, Dosal, Tapia, Camerino Mendoza, Limón, Alberto García Granados, Nafarrate, José Isabel Robles, Pablo Lavín, Atilano Barrera, Ildefonso Vázquez, Santiago Ramírez, Jesús Carranza, Eugenio Aguirre Benavides, Ché Gómez, Santibáñez, Alberto Carrera Torres, dos de los hermanos Cedillo, Colorado, un hermano de Pedro de

los Santos, Rodolfo Fierro, José Bonales Sandoval, Martín López, Agustín Millán.

Diputados y políticos revolucionarios eliminados trágicamente: Serapio Rendón, Pastelín, Belisario Domínguez, Enrique Cepeda, E. García de la Cadena, Solón Argüello, Paulino Martínez, Raúl Lalanne.

Muestras de escuelas revolucionarios trágicamente eliminados: Cándido Navarro, David Berlanga. Federico Gurrion, Otilio Montaño.

En la masa de difuntos anotada, se encuentran, revolucionarios matados por los mismos revolucionarios, los siguientes: Benjamín Argumedo, Toribio Ortega, José Rodríguez, Trinidad Rodríguez, Tomás Urbina, Juan Banderas, Orestes Pereira, Ornelas, Maclovio Herrera, Gertrudis Sánchez, Tuerto Morales, Eufemio Zapata, Emiliano Zapata, Fidel Avila, Francisco Pacheco, Calixto Contreras, Sixto Ugalde, Dosal, Alberto García Granados, Nafarrate, Atilano Barrera, Idefonso Vázquez, Santiago Ramírez, Jesús Carranza, Santibáñez, Eugenio Aguirre Benavides, Ché Gómez, José Isabel Robles, Alberto Carrera Torres, dos hermanos Cedillo, Colorado, un general hermano de Pedro de los Santos, José Bonales Sandoval, David Berlanga, Otilio Montaño, García de la Cadena, Paulino Martínez, Amador, Francisco Pacheco, Venustiano Carranza, Agustín Millán.

Como se ve, los revolucionarios han sido activos agentes para destruir revolucionarios.

Fijándose bien en la lista de difuntos presentada, no es posible negar que los trabajos eliminatorios de la revolución, en cuanto a elementos humanos antisociales, han sido muy serios y ofrecen gran interés científico y ético.

La función eliminatoria sanguinaria de las revoluciones, continúa largos años aún después del restablecimiento de la paz, en los países en que la violencia es el único motor político serio. La paz sólo es posible cuando la sobrecarga de antisociales reaccionarios y revolucionarios ha perdido su potencia mortífera infectan-

te y cuando la misma revolución, ha creado y revelado a sus hombres de gobierno capaces de ajustarse al bello axioma de progreso efectivo: "Ni todo lo viejo ni todo lo nuevo;" ni astillas podridas de pasado, ni momias ruines de falsos héroes o pontífices, ni osamentas de épocas totalmente saldadas por la evolución; ni idealismos de claustro, de geómetras de las pasiones humanas, de sonámbulos en la noche helada de sus rencores, de contorsiones de presidio, de vapores corrosivos de tabernas. Se revoluciona, se destruye, se desmorona con la política de los idealismos; se reconstruye, se crea, se gobierna con la política de la realidad, aun cuando tenga por lógica el absurdo contra dogmas y principios apostólicos.

Los hombres de gobierno que justifican las revoluciones, tienen que ser los leales súbditos de lo practicable en sus promesas revolucionarias imposibles, los que pulsán la situación en manos tibias de hombres superiores pero normales, los que ya han sorprendido el secreto vital de la revolución que impone el porvenir; los revolucionarios que al fin llegan a sentir que el progreso no es ni puede ser un metrallazo contra millares de siglos constructores de la geología social, y que la ley de todo progreso, es la conciliación que une las centurias como eslabones de la cadena sin fin de las transformaciones del cosmos.

Para atreverme a hacer algunas predicciones con nuestro sombrío caso, es preciso inquirir cuál ha sido la infección o infecciones que nos han llevado al vértice de desgracias que afligen al pueblo mexicano.
